

Piqueras, Juan Vicente (2013). *Atenas*. Madrid: Visor, pp. 70

Alessandro Mistrorigo
(Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

En su libro *Il dispatrío* (Milán, Rizzoli, 1993) el escritor Luigi Meneghello describe una condición geo-sentimental que, aunque se le pueda parecer, no corresponde ni al exilio ni al destierro. La palabra que indica esta condición, 'dispatrío', es un neologismo italiano no tan fácil de traducir al español, cuyo significado se coloca entre tener dos (o más) patrias y no tener ninguna. «Il punto di vista continua ad oscillare» (1993, p. 27), dice Meneghello, y precisamente en esta oscilación está la clave para entender el concepto y tal vez traducirlo con un término que indique un desplazamiento continuo, un incesante partir o irse que empieza un día con el originario salir del lugar de nuestros orígenes. El prefijo 'dis-' sugiere de hecho la idea de separación y de 'otro', algo que el exilio identifica siempre con el lugar específico de su preposición 'ex-': una idea que se queda con quien se marcha y se despide independientemente de su posible retorno. El 'dispatrío', por lo tanto, es una condición que se vive de forma emocional, un sentir que cuando se apodera de uno no lo deja tampoco a la hora de la vuelta al origen. Esta sensación de separación, de encuentro con el 'otro' y de oscilación reside en la raíz misma de la escritura de Juan Vicente Piqueras y de su libro, *Atenas*, ganador en 2013 del XXV Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe. En la «Nota del autor» que abre el libro, Piqueras comienza diciendo que «Atenas no es el tema del libro» (p. 9); además, en la página anterior hay una cita de Hölderlin que recita: «Sage, wo ist Athen?». Aquí el término 'Atenas' no designa solamente el sitio geográfico, la ciudad, sino ese lugar en el que simultáneamente el poeta (y, con él, el lector) está y no está: se trata de un tránsito, de un tiempo. En la misma nota, dado que «el donde es un don [y] los lugares son dioses», el autor nos confiesa no haber encontrado todavía su propio sitio en el mundo y nos cuenta donde se escribieron los poemas. Entonces si el poema con el que empieza el poemario, «Víspera», se escribió en Roma, el penúltimo, «Adiós Atenas», es presentado por el autor con estas aclaraciones: «fue escrito ya en Argel, donde hoy, día de mi cumpleaños, escribo esta nota sólo aparentemente geográfica» (p. 9). Nótese que el poemario ya empieza con una despedida de otro lugar, de otro origen; en «Víspera» se lee: «Si has de cruzar el mar | y el incendio de todo lo que

has sido [...] Si has decidido irte, | no mires hacia atrás» ya que «la pena es quedarse» (pp. 11-12). También *La latitud de los caballos* (Madrid: Hiperión, 1999) empieza con un poema titulado paradójicamente «Víspera de quedarse». En este libro, lo que espera al poeta es un viaje – mar adentro – que es existencial y, al mismo tiempo, metapoético. La acción de ir – de zarpar – es también la acción de vivir y, sobretodo, de escribir. Lo mismo ocurre en el segundo poema de *Atenas*, «Travesía Nocturna», donde se lee: «Es una línea negra que separa | el negro claro del cielo | del negro oscuro del mar.» (pp. 13-14). Escribir es lo que marca un horizonte, que lo alumbra, lo clarifica: es a través de la práctica de la palabra como el poeta, al igual que un centinela, puede divisar el puerto en las primeras luces del amanecer. Ahora la despedida de lo que se queda atrás se confunde con un nuevo destino, «Miro la estela de la nave, es una | línea sobre la palma de la mano» («Travesía Nocturna», p. 14) – un destino nunca separado de la escritura poética: «En esa estela | están todos los versos | escritos desde Homero hasta esta noche.» (p. 14). La coincidencia de presente y pasado se da como una epifanía al principio del tercer poema, «Muda danza» (nótese la ironía del juego de palabras en el título), donde Piqueras escribe: «Han llegado también los limoneros. | Han venido las cosas del pasado | (en cajas, todo en cajas, siempre en cajas, | la vida en cajas) | a amueblar el futuro» (p. 15). Los limoneros, símbolo solar, reenvían al elemento luminoso que a partir de este momento estará presente en todo el libro. Tras la llegada nocturna a través del mar, *Atenas* empieza a mostrarse gracias a la luz del día: el sujeto empieza a vivir y a (re)conocer el nuevo lugar en el que se encuentra. El elemento luminoso, al igual que el viento – el mismo poeta en «Perdices» escribe «(¿o es el tiempo?)» (p. 55) –, el paisaje y el fuego, recuerdan los principios fundamentales de la filosofía presocrática. En particular, cual símbolo del subconsciente por excelencia, es el mar que, al «Traer troncos calcinados a la playa, | ramas ardidas, restos y rumor | de incendios que asolaron | bosques y nidos, páginas, palmeras» (p. 24), le devuelve al sujeto lo que viene de su pasado y que le «recuerda los incendios.» Lo que quema son las mitológicas «Heridas sirenas» (poema número 5) que cantan desde la memoria, desde la anterior etapa, desde el origen siempre perdido. La ceniza «es lo que queda de lo que ya no queda, | de lo ido y lo ardido.» (p. 57) por ese fuego heraclitiano, el *pólemos*, que todo destruye para que todo vuelva a nacer: en «Lágrimas distintas» se lee «La poesía es fruto de la guerra» (p. 46). Hay en el libro varias referencias a la filosofía y la cultura clásica; de lo que queda de ella, de los fragmentos de sus estatuas – y de sus pérdidas – germina también nuestro tiempo presente tal y como sospecha el autor en «Museo de la Acrópolis»: «Tal vez nuestra cultura nace de estas ausencias, | de lo vacío, de lo que no hay.» (p. 17). Las fronteras entre experiencia personal y mito se confunden y con estos se confunde también aquella «Historia» (p. 29) que está escrita en los libros – y

donde, con cierta ironía, el poeta dice que no saldrá jamás. Hay, pues, referencias a los lugares (Tebas, Delfos, la Acrópolis, el Areópago, etc.) y a los personajes (Teseo, el minotauro y Ariadna, Caronte, Ulises, Tántalo, etc.) del mito y de la Grecia histórica y geográfica, pero también hay noticias de carácter autobiográfico y del ambiente del que hace experiencia directa el poeta. El viaje, empezado por del mito, de la idea de Grecia, llega a un lugar concreto y vivido: hacia el final del libro, con poemas como «Calles de Atenas», «Limosna», «Hecho de noche», etc., se ve la Atenas moderna, la de «Las matrículas búlgaras», de los «anarquistas de Exarchia» (p. 40), de «Los gases lacrimógenos en Síntagma» (p. 45). «Atenas ya no existe. En su lugar | hay otra ciudad que lleva el mismo nombre | pero ya no es la misma» (p. 59), escribe Juan Vicente Piqueras poco antes de que la ciudad se convirtiera un campo de batalla en el que sus habitantes luchan para defender algo que siempre le perteneció, la democracia. Hijo y nieto de agricultores, Juan Vicente Piqueras nació en Los Duques, pueblo a los alrededores de Requena, de donde salió a los 16 años para estudiar Filología Española en Valencia. Profesor de Español para extranjeros, actualmente es Jefe de Estudios en el Instituto Cervantes de Argel, donde llegó después de una estancia laboral precisamente en Atenas. La experiencia social y cultural acumulada en los años griegos le enseña al lector el desplazamiento de quien se queda a vivir lejos de su país y de sí mismo. En «Sin idioma» se lee: «Paseo entre personas que pasean hablando | lenguas que no comprendo | por calles que no sé adónde me llevan.» (p. 23). Pero, también: «Le he cogido cariño a esta ignorancia, | a la elipsis que soy, a la sedante | dicha de no poder comunicar.» Una vez que está perdido, lo único que puede ayudar en «El laberinto» es «Un hilo en una mano»: otra vez Teseo, y otra vez la escritura para ver, dice el poeta, «el minotauro que está dentro de mí» (p. 25). Un hilo simbólico conecta poemas como «Laberinto», «Asterión agoniza», «Súplica» o «Perdices» entre sí: se trata, una vez más, del hilo de la escritura, una trama en la que el poeta puede reconocerse y tentar, como Ulises, un retorno imposible (p. 56). Los mitos fundacionales de la cultura helénica son un correlato de la trama que construye el libro, pero también cuestionados: en «Testimonio del gaviero», Piqueras da voz a uno de los marineros de Ulises desmitificándolo y apostando por unos héroes más cotidianos. No faltan, pues, la ironía y el juego del lenguaje, ambos muy propios de la poesía de Juan Vicente Piqueras: ejemplos perfectos son los poemas «Calles de Atenas» y «Gracias de Grecia», dedicado a Carlos Edmundo de Ory – a quien, admite el poeta, nunca se lo envió. Otro eje fundamental del poemario es, pues, el tema de la memoria y del olvido, del paso del tiempo. Ese «Viento de Noviembre» que azota y sacude – hace oscilar – al poeta, es el mismo que allí «deja limpia la plaza en una aldea | donde no vive nadie» y «aquí agita banderas» (pp. 31-33). *Aldea* (Madrid: Hiperión, 2006) es el título del libro con que Piqueras ganó el Premio Valencia de Poesía y el Premio

del Festival Internacional de Medellín. Es también el origen, y la relación que se tiene con el tiempo pasado que le define a uno sólo cuando de él se despide: «Soy el que se va en mí», se lee en «Travesía nocturna». Poemas como «Metáforas», «Adiós Atenas» o «Gracias» ensayan otra ulterior despedida – «Habrá que irse de Atenas» (p. 61) – en la que se reconoce una deuda vital y se agradecen los dioses y los lugares. Atenas tiene fecha de caducidad: es hora de volver a zarpar para atracar a otro lugar, efímero como todos.